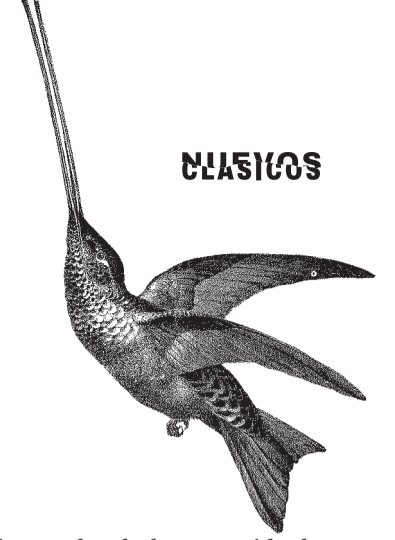


REMEDIOS MOSCOTE

De Ines Bortagaray



Jugamos al dominó con Amparo. Amparo me gana y está jugando con mi padre cuando llegan los dos hombres. Uno muy viejo, con los ojos que se le ríen, y el otro viejo, con la piel que le suena áspera y un bigote que se curva en los extremos, con la forma del rulito que hago cuando quiero dibujar un viento. Ante ellos Amparo inclina la cabeza y yo le copio. Nos paramos y les dejamos nuestras sillas, pero ellos las rechazan y se quedan parados. Quiero volver a la silla, pero como papá está parado y ellos también, y además a mi lado Amparo está como una estatua, mirándose la punta de sus zapatos, yo la imito y ahora somos cinco personas de pie. Tengo que pasar un paño en la punta de mis botitas blancas, que traje de la ciudad. Tienen una marca. Pienso si será barro o será chocolate. Ayer tuve un poco de las dos cosas. El que es muy viejo trata a mi padre de amigo, pero yo creo que miente. Mi padre no tiene amigos en Macondo. Si somos nuevos. “Cada quien pinta su casa del color que le dé la gana”, dice. “Los soldados se van enseguida”, dice. Pienso en una casa amarilla y en la ciénaga tragándose a un soldado. Ahora las piernas. Ahora el torso. Mi padre levanta la mano derecha, como si saludara, pero sin moverla. El muy viejo le dice “no es palabra de honor, sino de enemigo”. Yo sabía que mentía. Qué rara esta gente que dice amigo y enemigo en una sola visita. El viejo que no es tan viejo, el del viento en la punta de los bigotes, me observa como si me diera una bienvenida o si se despediera de mí para siempre. Así, con ese ánimo. Pienso que el soldado hundido en la ciénaga puede ser él. Le pongo esa cara. Ahora los hombros. Ahora las cejas. La escopeta flota. Adiós. Cuando se van, mi padre gana una partida de dominó, y yo ayudo a mi madre y pongo los ocho platos en la mesa.

La niña visita la casa de los Buendía con sus hermanas. El italiano toca un vals en la pianola y las muchachas se ríen y bailan alrededor, cuando ella se pierde por un pasillo. Sigue un martilleo y se asoma a una habitación lejana. El viejo de los bigotes la mira, avelado. Ella vacila. Podría dar un paso y entrar, o podría escaparse. “Ahí no entres, Remedios”. Pero entra. El viejo alza una cadena dorada y se la muestra. Pende un pescadito dorado. La cosa más adorable del mundo. La niña avanza y acaricia la curva suave de la panza del pescadito. Observa al hombre, que de pronto parece electrocutado o herido por una corriente venenosa. La niña le dice “señor”, respetuosamente, como hacen las hermanas con el padre, como le dijo Amparo el otro día. El viejo le dice que le va a regalar el pescadito. Ella desconfía. “Ahí no entres, Remedios”. La niña corre y deja atrás el oro, la pianola, la casa, el susto. Pero le queda una zozobra.

Estoy dormida. Sueño con un aljibe, el diablo, una silla de tres patas, un pez que salta y se convierte en fuego, merengues. “Remedios”, me dice Amparo, y me toca la mejilla con las yemas de los dedos. Huele a humo y manteca. “Creíamos que era yo, pero era un error. Te quiere a vos”. “Dale”, me dice mi hermana Celia. “Te quiere a vos”. Elvira me aparta el pelo. Bianca abre las cortinas del cuarto. Aprieto los ojos y me tapo más con la sábana. El fuego cae al agua y eso lo fulmina. Bajo los párpados, unos rayos y unas estalactitas tiemblan, primero, con luces rojas

y después se me evaporan. Quiero seguir durmiendo. “Remedios”, insiste mi madre. Alguien me sopla la cara. Alguien me pellizca la mano. Alguien me hace cosquillas en las plantas de los pies. Despierto. Mi madre y mis seis hermanas me observan. ¿Me cai? ¿Me voy? ¿Me muero? “Vinieron a visitarte”, dice mi madre. “Es una visita especial”, dice Bianca. Me siento en la cama y de pronto todas me están vistiendo. El vestido rosado, de organdí. Las botitas blancas. Un lazo en el pelo. “Caramelos”, digo. “¿Qué dice?”, pregunta Celia. “Además de merengues, había caramelos. Y yo me los comía. Eran para mí”.

Mi madre me da un empujoncito.

Arrastro los pies rumbo a la sala.

Entonces veo a la visita.

Zapatitos de charol. Mediecititas de licor. Hay de menta, hay de rosa, para mi querida esposa, que se llama Doña Rosa y le dicen mariposa, trulelé, trulelé, dale un beso a quien querés. La punta de una botita avanza y la otra retrocede. Pienso que con ellas camino grandes distancias. Kilómetros y kilómetros. No sé bien si al norte o al sur. Sé que salgo de Macondo y entro en otras ciudades. Enfrente está el hombre más viejo, el padre del viejo con viento en el bigote. Tiene un traje de paño y la piel transpirada. Mi padre y él no hablan de casas de colores ni de soldados. No hay ciénaga ni adiós. Hablan y me miran. Los ojos del viejísimo se ríen cuando me miran y yo trato de que los míos sigan el chiste, pero se me retoba la mirada. Mi padre me mira con ojos que se parecen a los de Amparo cuando caza una mariposa y la mariposa se le muere enseguida, como de un síncope. Ojos de pena. Amparo le ofrece té y le dice “señor”.

Yo tengo sueño y me trepo en las rodillas de mi madre, que me expulsa y me dice, bajito, “comportate”.

Quiero seguir el sueño de los caramelos.

Un botín avanza y otro retrocede.

Otras ciudades.

El mundo. Pero el destino.

Se anuncia la boda. La madre y la suegra resuelven que solamente ha de ocurrir cuando la niña haya vivido su menarca. Si Remedios Moscote no está en edad de concebir no ha de casarse.

Pasan las semanas. Él la visita a diario en la casa de la familia Moscote.

Ella debe bañarse, echarse talco en el cuerpo, ponerse el vestido de organdí, sentarse derechita, esperarlo, regalarle una sonrisa.

Repite, en silencio, una oración que dice: “Todo lo puro. Todo lo amable. Todo lo honorable”.

Debe tomar el lápiz como él le muestra. Así. Así mismo. Practica el dibujo de las vocales.

A veces se distrae y deja las letras para dibujar casitas con vacas en los corrales y soles redondos con rayas amarillas que se ocultan tras las lomas.

Entonces el hombre viejo le dice que atienda. Y ella atiende. La “u” le gusta especialmente. “Ufana”, “ulular”, “uida”. Ella escribe “uida” y él sacude la cabeza, pacientemente. Falta la “hache”, que no suena.

Le cae bien la hache.

Es “huida”.

Hueso. Hueco. Hundida.

Las mujeres de la casa empiezan a bordarle un vestido de novia.

Un vestido menudo.

A ella le gustaría un trozo de ese vestido para ponerle a Doris, su muñeca.

Reforman para ella un vestido de primera comunión.

Le vuelve la imagen del merengue y se encandila con los fosfenos que emite el vestido. Con las puntillas. Con los volados.

Dice: “sí, señor”, cuando el viejo de los bigotes le pregunta si puede darle un beso en la mejilla.

Él se le arrima y ella siente la aspereza que le había sospechado.

Recuerda el cuento que su padre le hizo un día sobre el faquir que vio en un circo. Ella será faquir.

Él le guarda en la palma de la mano la cadena con el pescadito de oro.

Ella está encantada con el pescadito. Cómo brilla..

Él le pide permiso y ella dice que sí, entonces él le cuelga la cadenita sobre el pecho.

Desde arriba ella observa el pescadito que le baila, como un péndulo.

Ahora podrá tocarle la panza todas las veces que quiera.

A Doris le va a encantar.

Aprende a distinguir la letra “b”, de “burbuja”, y la letra “v”, de “vapor” y de “viaje”.

Entonces un día se mancha la bombacha. Como un barro. Como un chocolate.

La mancha es una ofrenda que la familia recibe feliz.

La mancha la expulsa a otra casa, otra cama, otra familia, a otras voces, un dolor nuevo, porfiado, que aprieta bajo los modos, que hunde en la ciénaga, para aceptar el destino.

Lleva a Doris escondida en una bolsa.

A veces, después de jugar con todas esas personas, la observa.

“Todo lo puro”.

Se vuelve solícita y paciente.

“Todo lo amable”.

Se deja llevar.

“Todo lo honorable”.

Doris tiene que entender que ella pronto será madre y otras criaturas dormirán en su pecho. Ella será buena con todas y a todas les dará cariño.

Fuego en la frente, fuego en los pies, fuego en las vísceras. Me voy de madrugada.

Quiero seguir durmiendo y seguir el cardumen de peces, el oro líquido, los mazapanes.

Entre las estalagmitas, en un parpadeo, veo al señor y a las mujeres nuevas.

No está mi madre.

Llamo a Amparo.

Lloro a Doris.

Alguien grita.

Alguien contiene el llanto.

Otros gritos.

Ahora un sofoco.

Ahora la infancia.

Todo lo puro.

Los adioses.

Más fuego.

Inés Bortagaray (Uruguay). Es una escritora y guionista uruguaya. Publicó tres libros: “Ahora tendré que matarte”, “Prontos, listos, ya” y “Cuántas aventuras nos aguardan”. Sus libros se tradujeron al inglés y al portugués y cuentan con ediciones en Chile, Bolivia, Brasil, Estados Unidos y España. Algunos de sus relatos aparecieron en antologías nacionales e internacionales y revistas literarias. Por el guión de

“Mi amiga del parque”, de Ana Katz, obtuvo el Premio Especial del Jurado en el Festival de Sundance y el Cóndor de Plata en Argentina. Por el guión de “A vida invisible”, de Karim Aïnouz, ganó el premio de la Academia Guaraní de Cinema de Brasil y el Grande Prêmio do Cinema Brasileiro.